

6..LA BIBLIA ES VERDADERA

DESDE LOS INICIOS DE LA IGLESIA CRISTIANA HASTA BIEN ENTRADO el siglo dieciocho, la gran mayoría de los cristianos de todas las denominaciones reconocieron las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento como la Palabra de Dios. Dios hablaba en estos libros. Y porque Dios hablaba en las Escrituras -como no lo hacía en ningún otro lado de la misma forma- todos los que decían ser cristianos reconocían la Biblia como la autoridad divina integradora, un cuerpo de verdad objetiva que trascendía el entendimiento subjetivo. En estos libros, los actos salvíficos de Dios en la historia son relatados por seres humanos para que podamos creer. Y todos los acontecimientos que tienen lugar en esa historia son divinamente interpretados para que los hombres y las mujeres puedan entender el evangelio y responder a él con inteligencia, tanto en el pensamiento como en la acción. La Biblia es la Palabra de Dios escrita. Como la Biblia es la Palabra de Dios, las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento tienen autoridad y son infalibles.

LA PERSPECTIVA DE LOS PRIMEROS DIECISÉIS SIGLOS

En los documentos de la iglesia primitiva encontramos varias afirmaciones que sustentan la existencia de este concepto tan elevado sobre las Escrituras. Ireneo, que vivió y escribió en Lyons, a principio del siglo segundo, escribió que debíamos estar "convencidos que las Escrituras son perfectas, ya que fueron habladas por la Palabra de Dios y su Espíritu."¹ Cirilo de Jerusalén, en el siglo cuarto, dijo que "no debemos pronunciar ni la afirmación más casual sin las Sagradas Escrituras; ni nos debemos dejar desviar por ninguna probabilidad o artificio oral... Porque la salvación en la que creemos no depende de un razonamiento ingenioso, sino de la demostración de las Sagradas Escrituras".²

Agustín, en una carta a Jerónimo, el traductor de la Vulgata Latina, dice: "Yo... creo con certeza que ninguno de los autores se ha equivocado al escribirlos. Cuando encuentro algo en los libros que parece contradecir la verdad, concluyo que los textos son corruptos o que el traductor no tradujo fielmente lo que decía, o que yo no he podido comprenderlo... Los libros canónicos están libres de cualquier falsedad."³ Y en su tratado "Sobre la Trinidad" nos advierte: "No debéis estar dispuestos a acatar mis escritos como lo haríais si fueran las Escrituras canónicas; porque en éstas, cuando descubráis hasta lo que antes no creíais, creedlo sin titubear."⁴

Lo mismo sucede con Lutero. Algunas personas sostienen que Lutero al referirse a la Biblia como "la cuna de Cristo" quería decir que creía en una revelación dentro de la Biblia (no en una que era idéntica a ella) y que tenía a las Escrituras en menor estima que el Cristo del que hablaban. Es por esto que algunos entienden que no toda la Biblia es la Palabra de Dios. Pero esto es un error.

La frase de Lutero, "la cuna de Cristo", ocurre al final del tercer párrafo en su "Prefacio al Antiguo Testamento". Como ha demostrado el fallecido académico luterano J. Theodore Mueller, Lutero está en realidad defendiendo el valor del Antiguo Testamento para los cristianos. Lejos de estar despreciando las Escrituras, Lutero lo que intenta es "expresar su más reverente estima hacia las Sagradas Escrituras, que le ofrecen al hombre la bendición suprema de la salvación eterna en Cristo".⁵ El mismo Lutero dice: "Ruego y advierto a cada cristiano piadoso que no se deje ofender por la sencillez del lenguaje y algunas historias que hallará aquí (en el Antiguo Testamento). Que nunca dude, por más sencillas que parezcan ser, que son las mismas palabras, obras, juicios, y hechos de la gran majestad, poder, y sabiduría de Dios."⁶

Y en otro lugar Lutero dice que "las Escrituras, aunque también fueron escritas por hombres, no son de los hombres ni provienen de los hombres, sino de Dios".⁷ Y otra vez, "Debemos diferenciar entre la Palabra de Dios y la palabra de los hombres. La palabra de los hombres es poco sólida, flota en el aire y pronto se desvanece; pero la Palabra de Dios es más grande que el cielo y la tierra, más grande que la muerte y el infierno, porque forma parte del poder de Dios, y permanece para siempre".⁸

Y en algunas ocasiones Calvino es aun más explícito. Al hacer un comentario sobre 2' Timoteo 3:16, el reformador genovés sustenta esta posición:

Este es el principio que distingue nuestra religión de las otras, que sabemos que Dios nos ha hablado y estamos plenamente convencidos que los profetas no hablaron de sí sino, como órganos del Espíritu Santo profirieron sólo lo que les había sido comisionado desde el cielo. Todo aquel que desee

beneficiarse de las Escrituras debe aceptar primeramente este principio: que la Ley y los profetas no son enseñanzas dadas por los hombres según les plazca, o producidas por las mentes de los hombres, sino que fueron dictadas por el Espíritu Santo.

Y concluye: "Le debemos a la Escritura la misma reverencia que le debemos a Dios, ya que Él es su única fuente y no hay nada de origen humano mezclado en esta fuente."⁹ En su comentario de los Salmos, se refiere a la Biblia como "la regla segura e inequívoca" (Sal. 5:11).

Juan Wesley dice lo mismo. "La Escritura, entonces, es una regla suficiente en sí misma, entregada al mundo por hombres divinamente inspirados".¹⁰ "Si llegaran a haber errores en la Biblia, podrían haber miles. Si hubiera una falsedad en ese libro, no provino de la verdad de Dios".¹¹ .

Es una gloria de la iglesia de los primeros dieciséis o diecisiete siglos que los cristianos de todo lugar, por encima de sus diferencias de opinión sobre teología o en cuestiones relativas al orden eclesial, exhibieron al menos una alianza mental con la Biblia como la autoridad suprema e infalible para el cristiano. Podría ser descuidada; podrían haber desacuerdos sobre sus enseñanzas; hasta podría ser contradicha; pero era la Palabra de Dios. Era la única regla infalible en cuanto a la fe y la práctica.

LAS PERSPECTIVAS LUEGO DE LA REFORMA

Luego del período de la Reforma la perspectiva ortodoxa de la Escritura sufrió crecientes ataques devastadores. En la Iglesia Católica Romana, los ataques provinieron de las tradiciones establecidas. Después de haberse debilitado por siglos, apelando a los padres de la iglesia en lugar de apelar a las Escrituras para dilucidar algún punto doctrinal, y como una reacción violenta a la Reforma Protestante, en 1546 la Iglesia Católica Romana colocó la tradición de la iglesia en el mismo nivel que las Escrituras como fuente de revelación. Sin duda en el Concilio de Trento no se consideraron todas las consecuencias de esta decisión, pero fueron monumentales. Este acto tuvo consecuencias trágicas para la Iglesia Católica Romana, como lo indica el desarrollo de doctrinas debilitadoras, el culto a María y la veneración de los santos. En teoría, la Biblia seguía siendo infalible, al menos para grandes sectores del catolicismo. Pero la profunda preferencia humana por las tradiciones en desmedro de la Palabra absoluta e infalible hizo que la autoridad de la Palabra de Dios cada vez pesara menos.

En el protestantismo el ataque provino de la llamada alta crítica. Por un tiempo, como resultado de su herencia y de la aguda polémica con el catolicismo, las iglesias Protestantes se mantuvieron firmes en la noción de una Biblia infalible. Pero durante el siglo dieciocho, y en particular el siglo diecinueve, la crítica de las Escrituras, respaldada por un naturalismo racionalista, logró desalojar la Biblia del lugar que había ocupado hasta ese entonces. Para la iglesia en la era del racionalismo la Biblia se convirtió en la palabra del hombre sobre Dios y el hombre; en lugar de ser la palabra de Dios al hombre. Finalmente, habiendo rechazado el carácter divino y único de la Biblia, muchos críticos rechazaron también su autoridad.

La Iglesia Católica debilitó la perspectiva ortodoxa de la Biblia al elevar las tradiciones humanas a la altura de las Escrituras. El protestantismo debilitó la perspectiva ortodoxa de las Escrituras bajando la Biblia al nivel de las tradiciones. Hay grandes diferencias, pero el resultado fue el mismo. Ninguno de estos grupos negaron la calidad revelacional de las Escrituras, pero en ambos casos el carácter único de las Escrituras se perdió, su autoridad fue invalidada, y la voz reformadora de Dios dentro de su iglesia fue olvidada.

El hecho de que ninguna de estas posiciones puede ser defendida resulta evidente para cualquiera, y debería impulsar a la iglesia a regresar a su postura original. Sin embargo, esto no parece estar sucediendo. Por el contrario, algunos evangélicos que tradicionalmente han insistido en la inerrancia de la Palabra parecen moverse en una dirección más liberal, desplegando una actitud ambivalente con respecto a la infalibilidad.

Debemos ser extremadamente cuidadosos en este punto. Existe la posibilidad de cuestionar lo que significa "inerrancia", que no es lo mismo que rechazarla peligrosamente y sin ambages. Por ejemplo, algunos académicos muy conservadores se han preguntado si *inerrancia* es el mejor término para usar con referencia a la Biblia, ya que demandaría una precisión de detalles tan estricta que debería incluir hasta una gramática perfecta, la que no existe. Han preferido el término infalibilidad. Otros no prefieren el término *inerrancia* porque este requiere unos estándares de exactitud modernos y científicos que los autores antiguos no

poseían. Dichos académicos han preferido referirse a la Biblia como *confiable o verdadera*. Pero estas áreas no son tan importantes. Puede no haber acuerdo en estas áreas, ya que sabemos que no hay ningún término que describa a la perfección lo que queremos significar -*inerrancia, infalibilidad, confiabilidad, carácter de fidedigna, veracidad*, y otros. De donde no debemos movernos es de sostener el carácter único y la autoridad de la Biblia como la Palabra de Dios, en su totalidad y en parte. La palabra infalibilidad, con sus limitaciones, preserva este énfasis.

LA FILOSOFÍA DE LA CRÍTICA MODERNA

A la crítica bíblica moderna se le suele adjudicar el papel de haber derrumbado la vieja postura de la inerrancia. Se sostiene que la inerrancia era una opción posible cuando los hombres y mujeres conocían muy poco sobre los textos bíblicos y sobre la historia bíblica. Pero los descubrimientos modernos han cambiado la situación. Hoy sabemos que la Biblia tiene errores, así se nos dice, y por lo tanto el derrumbe de la infalibilidad es *fait accompli*. Por ejemplo, Cireneo, "no era estrictamente" el gobernador de Siria durante el tiempo del nacimiento de Cristo (Lc. 2:2). Moisés "no escribió" el Pentateuco. Un académico escribió que "el desarrollo científico del siglo pasado ha vuelto insostenible el concepto de la Biblia como el libro verbalmente inspirado al que podemos recurrir con absoluta certeza para la guía infalible en todas las cuestiones de fe y de conducta".¹²

Pero, ¿la crítica moderna nos impone cambiar radicalmente nuestro concepto de las Escrituras? Comienzan a surgir las dudas cuando tomamos conciencia que muchos de estos supuestos errores de la Biblia no son descubrimientos recientes debido a la crítica científica, sino dificultades conocidas por los estudiosos bíblicos desde hace siglos. Orígenes, Agustín, Lutero, Calvino y muchísimos otros estaban conscientes de estos problemas. Sabían que los distintos periodos bíblicos son relatados en forma distinta por los diferentes autores. (Por ejemplo, en Génesis 15:13 se nos dice que la duración de la esclavitud de Israel en Egipto fue de cuatrocientos años, mientras que según Éxodo 12:41, fue de cuatrocientos treinta años.) Sabían que algunos detalles en los relatos paralelos a veces discrepaban (como en el número de ángeles en el sepulcro de Cristo luego de su resurrección). Pero entendían que estos eran sólo el resultado de los distintos enfoques de los autores o de un intento específico al escribirlos. No se sentían obligados a tirar fuera de borda el concepto que tenían de las Escrituras por causa de estos problemas.

El problema verdadero con la inerrancia va más allá de la información producida por la crítica científica, se remonta a la filosofía que sustenta la crítica moderna. Esa filosofía es el naturalismo. La perspectiva mundana niega lo sobrenatural, o busca colocarlo fuera de la investigación científica. Lo sobrenatural, por lo tanto, no tiene ninguna correlación directa con las palabras específicas del texto bíblico. Para usar el término de Francis Schaeffer, es una realidad de "estrato superior", más allá de toda prueba o confirmación. Así escribe Pinnock:

La crítica negativa es la herramienta de la nueva teología. No se la utiliza ahora para aclarar de forma rápida las características de las enseñanzas bíblicas que pueden estar sujetas a objeción. Sirve ahora para desacreditar toda la noción en el corazón del cristianismo: que hay un cuerpo de información revelada, normativo para la teología cristiana. En el interés moderno de la hermenéutica no vemos resurgir la preocupación por tomar la verdad de la Escritura seriamente, sino sólo un intento de usar la Biblia de una manera nueva, no literal, y existencial.¹³

Un ejemplo supremo de esto es la teología de Rudolf Bultmann, quien escribe volúmenes de exposición teológica pero que niega que la revelación cristiana posea algún tipo de contenido proposicional.

Si este es el meollo de todo el debate sobre la inerrancia, entonces, es obvio que el debate es más serio que si sólo se tratara de la posibilidad de demostrar que existen unos pocos errores insignificantes en las Escrituras. Lo que está en juego es todo el tema de la revelación. ¿Puede Dios revelarse a la humanidad? Y para ser más específicos, ¿puede revelarse a través del lenguaje, que se torna normativo para la fe y la acción cristiana? Con la Biblia inerrante estas cosas son posibles. Sin la inerrancia, la teología entra en el páramo de la especulación humana. La iglesia, que necesita de una Palabra de Dios firme, flaquea. Sin una revelación inerrante, la teología no sólo está a la deriva: carece de sentido. Si repudia su derecho a hablar de las Escrituras en base a la Escritura, desiste de su derecho a hablar sobre cualquier otro tema.

EN DEFENSA DE LA INERRANCIA

Debajo de cualquier defensa de las Escrituras como la Palabra de Dios fidedigna y con autoridad, está la roca firme de la veracidad divina. Los pasos a seguir en esta defensa son los siguientes:

1. La Biblia es un documento fidedigno. Podemos establecer que es fidedigna si la tratamos como si fuera cualquier otro documento histórico, como, por ejemplo, las obras de Josefo y los informes de guerra de Julio César.
2. Basado en la historia registrada en la Biblia tenemos suficientes razones para creer que el carácter central de la Biblia, Jesucristo, hizo lo que dice haber hecho y por lo tanto es quien dice ser: el único Hijo de Dios.
3. Siendo el único Hijo de Dios, el Señor Jesucristo es una autoridad infalible.
4. Jesucristo no sólo asumió la autoridad de la Biblia; la enseñó, hasta el extremo de enseñar que está libre de error y es eternal, por ser la Palabra de Dios. "Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido" (Mt. 5:18).
5. Si la Biblia es la Palabra de Dios, como Jesús enseñó, entonces debe ser enteramente fidedigna e infalible, porque Dios es un Dios de verdad.
6. Por lo tanto, basado en las enseñanzas de Jesucristo, el infalible Hijo de Dios, la iglesia cree que la Biblia también es infalible.¹⁴

En otras palabras, la defensa de la inerrancia descansa en, y es una consecuencia de, el tipo de material presentado en los Capítulos 3 y 4. La Biblia como documento histórico nos da información fidedigna de un Cristo infalible. Cristo tiene a las Escrituras en gran estima. En consecuencia, las doctrinas de Cristo deberían, y deben, ser las doctrinas de sus seguidores.

EN CONTRA DE LA INERRANCIA

Muchos de los que siguen la lógica de la defensa tradicional de la inerrancia de las Escrituras, se sienten de todos modos incómodos frente a lo que parecen ser objeciones insuperables. Veamos cuáles son estas objeciones y veamos si son tan insuperables como parecen ser.

La primera objeción se basa en el *carácter de los textos bíblicos*. Alguien podría decir: "Supongamos que se trata de documentos históricos fidedignos, ¿no será justamente ese uno de los problemas? Si es evidente que son documentos históricos, entonces son documentos humanos. Son selectivos con respecto a su contenido. Usan el lenguaje limitado, y a veces figurativo de la época en que fueron escritos. Los relatos paralelos revelan distintos puntos de vista sostenidos por diferentes autores. La terminación literaria del material varía. ¿Eso es lo que habría de esperar de una revelación divina? ¿No prueba esto que lo que en realidad tenemos entre manos es simplemente un libro humano?"

No nos incumbe a nosotros, sin embargo, decir de qué forma tendría que ser dada la revelación divina, ni insistir que la revelación no puede ser divina porque tiene determinadas características. Es evidente que nada humano puede ser un vehículo apropiado para la verdad de Dios. Pero Dios no está impedido de rebajarse al lenguaje humano para transmitir su verdad infalible. Calvino comparó las acciones de Dios a las de una madre que usa un lenguaje infantil para comunicarse con su hijo. Se trata de una conversación limitada, ya que el niño no puede conversar al nivel de la madre. Pero, sin embargo, es una comunicación verdadera. Por lo tanto, el carácter de los documentos en sí no tiene importancia con respecto a la cuestión de la inerrancia.

Una segunda objeción a la inerrancia surge a partir de la primera. No se basa tanto en el carácter de los libros bíblicos sino en el hecho de que es evidente que son *producciones humanas*. "Error es humano", sostienen estos críticos, "por lo tanto, la Biblia, al ser un libro humano, debe contener errores".

A simple vista este argumento parece resultar lógico, pero si lo examinamos más detenidamente, veremos que no necesariamente lo es. Si bien los seres humanos cometemos errores, no es necesariamente cierto que un individuo dado cometerá errores a toda hora y en todo lugar. Por ejemplo, el desarrollo de una ecuación científica para el propósito para el que es válida, es literalmente infalible. Lo mismo puede decirse de un aviso correctamente impreso que anuncia una reunión, las instrucciones para operar un automóvil y otras cosas. John Warwick Montgomery señala, al desarrollar este argumento: "Si bien es cierto que la producción de sesenta y seis libros que son inerrantes: y complementarios, a lo largo de los siglos, y por parte de diferentes autores, es un emprendimiento de gran envergadura -a tal punto que apelamos con gozo al Espíritu de Dios

para realizarlo-, no hay nada metafísicamente inhumano o contra la naturaleza humana en la realización de dicho emprendimiento".¹⁵

Puede resultar instructiva la analogía entre la concepción y el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo y como nos llegó la Biblia. Leemos que cuando el Señor fue concebido en el vientre de la virgen María, el Espíritu Santo la cubrió con su sombra para que el hijo que iba a nacer fuera llamado "el Hijo de Dios" (Lc. 1:35). Lo divino y lo humano se encontraron en la concepción de Cristo, y el resultado fue humano y divino a la vez. Cristo fue un hombre real. Fue una persona en particular, un judío. Tenía un físico que podía pesarse y una apariencia que podía ser reconocida. Se le podría haber sacado una fotografía. Empero, también era el Dios Todopoderoso y sin pecado.

Podemos comparar la manera como el Espíritu Santo cubrió a la virgen María para que concibiera al Hijo de Dios humano en su vientre, con la forma como el Espíritu Santo cubrió las células cerebrales de Moisés, David, los profetas, los evangelistas, Pablo y otros escritores bíblicos, para que de sus mentes emanaran los libros que constituyen la Biblia. Sus escritos llevan las marcas de la personalidad humana. Varían en su estilo. Sin embargo, la fuente primaria es divina, y el toque humano no las tiñe de errores del mismo modo que el vientre de María no manchó de pecado al Salvador.

Una tercera objeción a la inerrancia se basa en el hecho de que se afirma que *sólo los escritos originales son inerrantes*, no así las copias que fueron hechas de los mismos con posterioridad, y en las que se basan nuestras traducciones contemporáneas. Como ningún ser vivo ha visto alguna vez estos escritos originales, y por lo tanto no podemos ni verificar ni desacreditar esta afirmación, ¿no se trata de un epistemológico sin sentido apelar a ellos? "¿Qué si existe un original inerrante?", podría argumentar alguien. "Como no lo tenemos, no tiene sentido afirmar que la Biblia es inerrante".

Pero, ¿acaso no tiene sentido hacerlo? No tendría sentido si las siguientes dos condiciones fuesen ciertas: (1) si el número de supuestos errores permaneciera constante cuando nos remontamos en el tiempo de copia en copia hacia los escritos originales, y (2) si los que creen en la infalibilidad apelaran a un original que difiere sustancialmente de las mejores copias de manuscritos en existencia. Pero ninguna de estas condiciones se cumple. Por el contrario,

cuando se examinan las copias que se remontan en la dirección de los escritos perdidos, el número de errores textuales disminuye, lo que anima a suponer que si se pudiera llenar el intervalo entre los originales y los primeros textos y fragmentos (algunos papiros del Nuevo Testamento se remontan al primer siglo), todos los supuestos errores desaparecerían... El evangélico conservador sólo apela a los escritos ausentes como autoridad por encima de los mejores textos existentes en aquellas instancias, limitadas y específicas (como el registro de numerales), donde la evidencia independiente muestra que desde el principio pudo haber una alta probabilidad de errores transcripcionales.¹⁶

Los que creen en la infalibilidad tratan los problemas textuales de la misma manera que un académico secular trata los problemas relacionados con cualquier documento antiguo. Sin embargo, debido al número y la variedad extraordinaria de los manuscritos bíblicos, no hay ningún motivo para dudar que los textos contemporáneos no son idénticos a los textos originales, excepto en muy pocos lugares. Y estas áreas problemáticas son conocidas por los comentaristas bíblicos.

Una cuarta objeción a la doctrina de la inerrancia tiene que ver con la *función del lenguaje como vehículo de la verdad*. Algunos académicos sostienen que la verdad trasciende el lenguaje, de modo que la verdad de las Escrituras sólo puede hallarse en los pensamientos de las Escrituras más que en sus palabras. Pero, ¿esto tiene algún sentido? "Aceptar la inspiración de los pensamientos pero no de las palabras de los escritores bíblicos contradice las afirmaciones de las Escrituras, y además carece intrínsecamente de sentido. ¿Qué es un pensamiento inspirado expresado en un lenguaje no inspirado?"¹⁷, plantea Pinnock. Si la Biblia ha sido inspirada, debe haber sido verbalmente inspirada. Y una inspiración verbal es sinónimo de infalibilidad.

Para ser precisos, existen algunas partes en las Escrituras donde la elección de una palabra puede no hacer mucha diferencia para registrar un hecho o una doctrina. La manera como están expresados algunos versículos puede ser cambiada, como lo hacen los traductores para poder transmitir el significado real a una determinada cultura. Pero también existen otros lugares donde las palabras son cruciales, y una doctrina se verá afectada si no tomamos las palabras con la seriedad que ellas se merecen. Para poder tener una Biblia

que tenga autoridad, es necesario que también tengamos un Biblia verbalmente inspirada y, en consecuencia, infalible; una Biblia que sea infalible en esta cuestión como también en otras. Esta opinión está de acuerdo con las propias enseñanzas de la Biblia y con la naturaleza del lenguaje.

LA CUESTIÓN DE LOS ERRORES

Para terminar, tenemos los que pueden seguir el argumento hasta aquí, y aun estar en parte de acuerdo con las conclusiones, pero que, sin embargo, sienten que algunos "errores" han sido sacados a la luz por los "resultados irrefutables" de los académicos bíblicos. ¿Existen errores comprobados? En algunos lugares hay dificultades. Nadie cuestiona eso. Pero, ¿los académicos han podido realmente demostrar que los libros de la Biblia son falibles y que por ende fueron escritos sólo por hombres?

Hubo un tiempo, no hace mucho, cuando afirmaciones tales como esta eran expresadas por personas influyentes, sin ningún tapujo. Hace unos años casi todos los académicos y teólogos bíblicos hablaban de determinados resultados o hallazgos que se suponía habrían de acabar con el concepto ortodoxo de la Biblia para siempre. Hoy, sin embargo, como cualquiera que haya tenido la oportunidad de analizar en profundidad estas cuestiones lo sabe, estas aseveraciones no ocurren con tanta frecuencia. En realidad, casi no ocurren en absoluto. ¿Por qué? Sencillamente porque, como resultado de los avances de las investigaciones arqueológicas y bíblicas, dichos resultados que se decían ser irrefutables han sido destruidos en las propias narices de quienes los sostenían.

En 2a Reyes 15:29 hay una referencia a un rey de Asiria llamado Tiglat-pileser. Se nos dice que había conquistado a los israelitas del reino del norte y había llevado a muchos cautivos. Hace sólo una generación, los académicos nos decían -todavía tenemos sus libros en nuestras bibliotecas- que este rey nunca había existido y que el relato de la derrota de Israel por parte de Asiria lindaba con la mitología. En la actualidad, sin embargo, los arqueólogos han excavado la capital de Tiglat-pileser y conocemos su historia. Se han encontrado bloques de ladrillo con su nombre grabado que rezan: "Yo, Tiglat-Pileser, rey de las tierras al occidente, rey de la tierra, cuyo reino se extiende hasta el gran mar..." El lector puede encontrar relatos de sus batallas con Israel en el libro *Ancient Near Eastern Texts Relating to The Old Testament* de James B. Pritchard. Por ese mismo entonces, algunos académicos negaban que Moisés pudiera haber escrito los primeros cinco libros de la Biblia, alegando que la escritura aún no había sido inventada en sus días, un argumento que parecía irrefutable. Desde ese entonces, sin embargo, los arqueólogos han desenterrado miles de tabletas e inscripciones escritas cientos de años antes de Moisés y aun antes de Abraham. Se conocen, en realidad, seis diferentes idiomas anteriores al período de Moisés.

En tiempos recientes también podíamos encontrar muchos que negaban que los libros históricos del Nuevo Testamento hubiesen sido escritos lo suficientemente cerca en el tiempo a los acontecimientos que relatan para ser confiables. Los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) en particular se fechaban tardíamente; y Juan, que parecía tener mucha influencia griega, se llevaba al siglo segundo de la era cristiana, y algunos académicos lo llevaban hasta el siglo tercero. Con el tiempo, sin embargo, se descubrió en Egipto un papiro que obligó a los académicos a fechar el cuarto evangelio con anterioridad al año 125 d.C., y posiblemente con bastante anterioridad a esa fecha.

Los resultados de la erudición, en lugar de desacreditar la Biblia, cada vez más confirman sus afirmaciones. No son prueba de su infalibilidad -ni toda la información podría ser capaz de hacer eso-, pero sí contribuyen a la confiabilidad de la Biblia. No revelan nada que sea incompatible con las afirmaciones de las Escrituras. La revista *Time*, en una cobertura que hizo sobre la Biblia en 1974, reconoció que,

La amplitud, sofisticación y diversidad de todas estas investigaciones bíblicas es asombrosa, pero plantea una interrogante: ¿ha convertido la Biblia en algo más creíble o menos creíble? Los que la leen de manera literal, que sienten que el piso se les mueve cada vez que un versículo es cuestionado, dirán que la credibilidad ha sufrido un golpe. Se ha sembrado la duda, la fe corre peligro. Pero los creyentes que esperan algo distinto de la Biblia, podrán bien concluir que su credibilidad ha sido fortalecida. Después de dos siglos de enfrentarse a las armas científicas más potentes, la Biblia ha sobrevivido -y posiblemente esté en una mejor posición después de haber sido sitiada-. Aun en el campo de los críticos -los hechos históricos- las Escrituras parecen ser más aceptables ahora que cuando los racionalistas comenzaron sus ataques.¹⁸

El cristiano no debe sentir ningún temor de basarse en la Palabra de Dios, reconociéndole su autoridad del mismo modo que lo hizo el Señor Jesucristo. Podrán haber períodos en que las teorías críticas la contradicen. Los argumentos pueden parecer irrefutables, hasta tal extremo que si uno se enfrenta a ellos puede ser tildado de oscurantismo. Los sabios de este mundo dirán: "Puedes creer eso si lo deseas, pero los resultados de la crítica científica nos enseñan otra cosa". Estas cosas ya han sucedido y seguirán sucediendo. Pero los cristianos que se basan en las Escrituras verán aun durante su vida cómo se desmoronan a los pies de los académicos los resultados que se decían irrefutables, y cómo las afirmaciones de la Biblia sustentadas por el Señor Jesucristo, las creencias históricas de la iglesia, prevalecen. Hace unos años el líder de la Iglesia Anglicana, el Obispo Ryle de Liverpool, escribió: "Prefiero la teoría verbal absoluta sobre la inspiración de la Biblia, con todas las dificultades que conlleva, antes que la duda. Acepto las dificultades, y humildemente espero que se diluciden. Pero mientras espero, estoy firme sobre la roca".

Notas

1. Irenaeus, *Against Heresies*, II, xxvii, 2. *The Ante-Nicene Fathers*, vol 1, ed. Alexander Roberts and James Donaldson (1885; reimpreso ed., Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, n. d.), p. 399.
2. Cyril of Jerusalem, *Cathetical Lecturas*, IV, 17. *The Nicene and Post-Nicene Fathers*, Series 2, vol. 7, ed. Philip Schaff and Henry Wace (1893; reimpreso ed., Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, n. d.), p. 23.
3. Augustine, *Epistles*, 82. *The Fathers of the Church*, vol. 12, "St. Augustine: Letters 1-82", trad. Wilfrid Parsons (Washington, D. C.: The Catholic University of America Press, 1951), pp. 392, 409.
4. Augustine, "On the Trinity". Prefacio al cap. 3, *The Nicene and Post-Nicene Fathers*, Series I, vol 3, ed. Philip Schaff (Buffalo: The Christian Literatura Company, 1887), p. 56.
5. J. Theodore Mueller, "Luther's Cradle of Christ" *Christianity Today*, octubre 24, 1960, p. 11.
6. Martin Luther, "Preface to the Old Testament", *What Luther Says: An Anthology*, ed. Ewald M. Plass, vol 1 (St. Louis: Concordia, 1959), p. 71. Este pasaje fue citado, en una traducción un poco distinta, por Mueller en "Luther's `Cradle of Christ".
7. Martín Luther, "That Doctrines of Men Are to Be Rejected", *What Luther Says: An Anthology*, vol 1, p. 63.
8. Martín Luther, *Tabla Talk*, 44, *A Compend of Luther's Theology*, ed. Hugh Thomson Kerr (Philadelphia: Westminster, 1943), p. 10.
9. John Calvin, *Calvin's New Testament Commentaries*, vol 10, "The Second Epistle of Paul the Apostle to the Corinthians and the Epistles to Timothy, Titus and Philemon", trad. T. A. Small (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1964), p. 330.
10. John Wesley, *A Roman Catechism*, *Pregunta 5*, *The Works of John Wesley*, vol 10 (1872; reimpreso ed., Grand Rapids, Mich.: Zondervan, n. d.), p. 90.
11. John Wesley, *The Works of John Wesley*, 4:82.
12. W. L. Knox, *Essays Catholic and Critical* (London: Society for Promoting Christian Knowledge, 1931), p. 99.
13. Clarks H. Pinnock, *A Defensa of Biblical Infallibility* (Philadelphia: Presbyterian and Reformad, 1967), p. 4.
14. Esta manera clásica de encarar la defensa de las Escrituras ha sido desarrollada en toda su extensión por R. C. Sproul en su ensayo "The Case for Inerrancy: A Methodological Analysis", en *God's Inerrant Word*, pp. 248-60.
15. John Warwick Montgomery, "Biblical Inerrancy: What Is at Stake?" en *God's Inerrant Word*, p.33.
16. Montgomery, *God's Inerrant Word*, p.36.
17. Pinnock, *Biblical Infallibility*, p. 8.
18. "The Bible: The Believers Gain", *Time*, diciembre 30, 1974, p. 41.